

LA MUJER BARBUDA

Suplemento cultural de La Voz del Tajo. Año II. Nº 37. 16 de Febrero de 1985.



Las cenizas de la flor

Angel Crespo

Baretti en Talavera

El escritor turinés Giuseppe Baretti fue célebre, más que por ninguna otra de sus obras, por haber escrito *La frusta letteraria*, es decir, *El zurriago literario*, que atribuyó a un antiguo soldado de setenta y cinco años llamado Aristarco Scannabúe o, en castellano, Aristarco Matabueyes. El nombre de este imaginario escritor es, al parecer, un homenaje a la memoria de Aristarco de Samotracia, discípulo de Aristófanes de Bizancio, que vivió durante los siglos II y I antes de Cristo y editó, tras someterlas a una severa crítica, las obras del inmortal Homero. El apellido parece indicar que Baretti pensaba de los malos escritores que eran unos cornudos con los que no había que tener piedad, pues de lo que se ocupa *El zurriago* es de flagelarlos por boca de su fingido veterano. El cual, además de una enorme y temible cultura, tenía una pata de palo y vivía en el campo rodeado de perros, gatos, pájaros y monos de distintas especies a los que ponía los nombres de los escritores que detestaba.

Aristarco era un tradicionalista y tenía una biblioteca de obras orientales y occidentales en la que abundan los manuscritos. Su amigo don Petronio Zamberluccho, que era el cura del lugar cercano a su casa, recibía con cierta regularidad las novedades bibliográficas y las discutía apasionadamente con él. Como no siempre les juzgaban de la misma manera, puesto que don Petronio solía defender a los autores modernos, el señor Scannabúe, queriendo librar a su amigo de aquellas malas influencias, y ya que no podía quemar los volúmenes como el cura y el barbero quemaron los de Don Quijote, se dedicó a escribir una serie de demoledoras críticas que fue reuniendo en *El zurriago*.

Unos años antes de empezar a componer esta obra, es decir, en el verano de 1760, Baretti, que vivía en Londres desde hacía nueve años, se cansó de las brumas del Támesis y, acompañado por su joven amigo Edouard Southwell y por un criado, emprendió un viaje que le llevó a Italia, tras haber conocido Portugal y España, durante el cual escribió un montón de sabrosísimas cartas a sus hermanos Filippo, Giovanni y Amedeo. En las que les dirigió desde Portugal fue muy injusto con este país que se resentía entonces del devastador terremoto de Lisboa. Es muy posible que Baretti, cuyas ideas políticas y religiosas eran tan conservadoras como las literarias, de su Aristarco, estuviese enfadado con los portugueses debido a la expulsión de los jesuitas de su reino y que,

en el fondo, tratase de vengarse de ellos haciendo gala de una falta de objetividad tanto más peligrosa cuanto más excelente escritor era este irritable turinés. (Esto de la falta de objetividad me recuerda que, a raíz del mencionado terremoto, los frailes se dedicaron a predicar por las calles de Lisboa, pues las iglesias yacían en ruinas, que aquella catástrofe había sido un castigo del cielo, irritado contra los pecados de los lisboetas, en vista de lo cual el marqués de Pombal les prohibió seguir predicando tras haber sido informado de que el barrio de la Alfama, en el que se encontraban los prostíbulos de la ciudad, había sido respetado por el temblor de la tierra).

A Baretti le pareció mal todo lo portugués: el paisaje, las gentes, sus costumbres, su agricultura y su ganadería, las posadas y la comida que se ofrecía en ellas... Un imposible, como dicen en mi pueblo. En cambio, encontrándose en Alves un par de días antes de entrar en España, vio bailar a dos españolas que habían ido a la feria de aquella ciudad y todas sus defensas —hechas de ingenio italiano y humor inglés— se derrumbaron como un castillo de arena. ¡Pobre Baretti! Aquellas chicas de Badajoz le conmovieron tanto que comparó a una de ellas con la Venus de Médicis —“si la Venus de Médicis fuese de carne y no de mármol—escríbe—, mientras se molestó de que los poetas académicos —que eran sus bestias cornudas— hubiesen comparado tantas veces a los ojos hermosos con las estrellas del cielo porque él no podía estrenar el símil con los de la otra muchacha, que los clavaba insistentemente en los suyos de cuarentón.

Buen augurio para España, éste de las impresionantes extremeñas. Y buen augurio que confirman las primeras impresiones de Baretti sobre nuestro país, del que todavía no habían sido expulsados los jesuitas. A don Giuseppe le encantaron los encinares de Extremadura y sus bellotas, que encontraba más sabrosas que las almendras piemontesas, le parecieron bien las posadas, pobres pero limpias, y hasta alabó los uniformes y las monturas de un destacamento de caballería que los viajeros encontraron en el camino y con el que entraron en Talavera de la Reina. El día 1 de octubre escribió a sus hermanos una carta en la que se lamentaba de no haber podido visitar Oropesa de la Mancha, que le parecía desde lejos bellísima, con su palacio y su convento, porque su amigo Edward tenía, al parecer, demasiada prisa de llegar a Madrid, y en la que cuenta cómo aquellos soldados, de los que se habían hecho amigos, robaron hasta la

devastación el viñedo de unos frailes que se negaron a darles del vino con que acababan de obsequiar a los sedientos turistas.

Pasemos por alto otros detalles de la interesante carta y veamos lo que dice la del 2 de octubre, escrita en Cebolla y no menos informativa que la anterior. Baretti se levantó muy temprano con intención de reanudar el viaje casi de madrugada pero se encontró con que su calesero portugués estaba en la cárcel por haber apuñalado a un español, por lo que el corregidor de Talavera había prohibido que las calesas salieran de la ciudad. Don Giuseppe se fue a ver al corregidor para obtener el permiso de partida pero la servidumbre de la casa le dijo que volviese a las 10 o las 11 de la mañana porque el magistrado solía levantarse a aquellas horas, en vista de lo cual nuestro viajero volvió a la posada, donde mantuvo una larga conversación con una señora suiza, mujer de un francés establecido en Talavera hacía diez años y empleado de las manufacturas de seda. La suiza le contó que el director de aquella industria, también francés, había sido llevado a Madrid cargado de cadenas por haberse apropiado indebidamente de unos cuantos millones de reales, los cuales se había gastado en mantener a unas actrices de teatro, barraganas suyas, “y en parecidas obras-pías”. ¿Quién sería aquel divertido y poco escrupuloso gabacho, que en gloria éste?

Por fin, don Giuseppe logró mantener una tensa entrevista con el corregidor —ofendido al parecer porque le llamaba de usted y no señoría—, consiguió de él permiso de partida y salió de Talavera, pasado el mediodía, camino de Toledo, motivo por el que tuvo que pernoctar en Cebolla. Traduzco a continuación unas líneas del final de la carta escrita en este pueblo que reflejan la frustración y las impresiones de Baretti: “...salimos de Talavera, de la que nada pude ver, porque toda aquella pejiquera me impidió echarle un vistazo de viajero diligente. Sé bien que desde aquel viñedo, asesinado por aquellos marranos de soldados, hasta las puertas de Talavera, el paisaje es uno de los más bellos paisajes de nuestro globo. No es posible describir la belleza del bosque que flanquea al camino, a un lado y otro, ni la espesura de olivos, naranjos y limoneros que lo forman”.

Animado por esta agradable impresión, Baretti se encaminó de buena gana a Toledo. Cuando encuentre las cartas que desde esta ciudad escribió, volveré sobre el accidentado viaje del sincero y conservador crítico turinés.